

Memorias familiares

Ocupo en esta solemne ceremonia “parentalia” de los hermanos Martínez Báez, con la que honramos a nuestros progenitores, un lugar que no me toca o corresponde, pues yo no soy el decano, pues Eugenio nació todavía antes de extinguirse el siglo XIX, y yo veía la luz primera en este siglo XX que está por expirar; pero mi hermano me ha rogado sea yo quien hable en nombre de los supervivientes, pues él reconoce que ya no tiene fuerza para actuar en el día de hoy. Así, en forma vicaria y como sustituto de (“Ugenio, el de San Nicolás”), como era conocido entre las morelianas de la segunda decena de esta crepuscular centuria, hablo con la plena confesión de no sentirme a la altura de mi papel protagónico en esta fiesta “parentalia”.

Fuimos diez los hermanos Martínez Báez: Manuel, Salvador, Ana María, Eugenio, Antonio, María de la Luz, Ramón, María Guadalupe, Gabriela y Consuelo, pero desde hace pocos años sobrevivimos sólo cuatro. De los cinco hombres y las cinco mujeres, quedamos ahora dos parejas: Lupe y Chelo y, Eugenio y Antonio; esto es, la octava y la décima, y el cuarto y el quinto de los miembros de la familia.

Nuestro padre, el doctor Manuel Martínez Solórzano, nacido en el año de 1862, fue hijo del licenciado Ramón Martínez Avilés, natural de Tacámbaro, abogado de corta profesión y músico de larga vida artística, hasta llegar a ser jubilado por el Cabildo de la Catedral de Morelia,

* Palabras leídas por el doctor don Antonio Martínez Báez en el Centro Cultural Universitario de la UMSNH, en Morelia, Michoacán, el 18 de marzo de 1995.

como organista de dicha iglesia; aquel murió en el año de 1924, o sea a los 62 años, pues tuvo una vida de enfermo crónico estomacal desde que falleció su madre, doña María de Jesús Solórzano. Si el abuelo paterno tuvo sólo dos hijos varones, Manuel y Ramón, éste que fue militar de corta vida dejó a su viuda con varios hijos y múltiples carencias; en cambio el abuelo Martínez Avilés, en su segundo matrimonio con la abuelita Nacha, Ignacia Cabrera procreó más de veinticinco hijos, de los cuales, varones y mujeres, llegaron a coexistir quince solamente, siendo las hijas de excepcional belleza y gran simpatía.

Nuestra madre, Francisca Báez y Coria, nació en Puruándiro, hija de Vicente Báez y de María Josefa Coria; ambos oriundos de la región del Bajío entre Guanajuato y Michoacán, muriendo mi mamá en la capital de la República con más de noventa años de fecunda y santa existencia.

Tanto mi papá, el doctor Manuel Martínez Solórzano, como mi mamá, Francisca Báez Coria, tuvieron la natural condición de docentes y maestros y así fueron profesores en diferentes grados o niveles, y resultaron enseñar a muchas generaciones de alumnos, discípulos que siempre les guardaron recuerdos cariñosos y aún gratitud. No resulta extraño que además de su desempeño en las aulas de la enseñanza primaria, o en los colegios del bachillerato o de la enseñanza superior y profesional, al convertirse la pareja en cabezas de una familia, ambos docentes formaron y educaron a sus hijos como miembros de una comunidad civil y actores con arreglo a los más estrictos canones de la más esmerada conducta.

Si en el seno de la sociedad moreliana, mi papá fue objeto de uniforme y constante opinión pública que lo juzgaba por su particular y definida adhesión a un universo de ideas doctrinales, filosóficas, científicas y políticas, de modo tal que lo apartaban claramente de la ideología conservadora y retardataria, dominante en nuestra comunidad social provinciana y nacional en los años finales del siglo XIX en cambio, mi mamá era recordada como una excepcional maestra del Colegio Teresiano de Nuestra Señora de Guadalupe, donde además de la enseñanza de los “párvulos” de ambos sexos, recibían esmerada educación las jóvenes señoritas de las mejores familias de Morelia y de todo Michoacán. Así como de los vecinos estados de Guanajuato, Guerrero y México. Todos los hermanos Martínez Báez,

los hijos del matrimonio catedrático, disfrutamos del gran premio de ser reconocidos y tratados con el afecto correspondiente al fruto de esa pareja de docentes y como si tuviésemos heredadas las conjuntas cualidades humanas y morales de nuestros padres.

Si es una verdad de siglos la frase citada siempre en su versión latina: *De mortuis nihil nisi bonus* (de los muertos sólo debe decirse lo que tuvieron de bueno). Me es imposible hablar de las cualidades o méritos y de los defectos o faltas que pudieron tener los hermanos que ya se marcharon de esta existencia; ni tampoco de lo positivo y de lo negativo de quienes todavía pertenecemos; mucho menos estoy capacitado para efectuar juicio alguno comparativo de los hermanos, pues si es también acertada la frase “Todas las comparaciones son odiosas”, yo no podría ser buen juez actuando en causa que me es propia. Me excuso así de la imposible tarea de buscar y encontrar culpas entre los diez hermanos y lo mismo del encargo de investigar sus méritos y virtudes, pues violarían aquella norma de la sabiduría: “Alabanza en boca propia es vituperio”.

Creo firmemente que todos los hermanos Martínez Báez, hemos sido, somos y seguiremos, en igual grado y medida, sencillamente buenos. No opino, con falsa vanidad que hemos sido perfectos, pero sí como el balance final de una auditoria rigurosa de nuestras conductas que pudiesen practicar nuestros padres, creo que resultaríamos aprobados como fieles obedientes a sus sabias enseñanzas. Sin embargo, cabe decir que mi papá no sería un árbitro imparcial, ya que siempre mostró una marcada preferencia, de singular adoración, por el primogénito, no como el *Primus inter Pares*, pues todos los habitantes de Morelia conocían la definición paterna de “Manuelito mi hijo”, expresada con reiterada innecesaria fórmula. En cambio, el recto juicio, de indudable imparcialidad, sería el de mi mamá, pues para ella todos éramos iguales, tanto los niños bonitos y los feos, como las niñas hermosas y las de una regular y medida belleza.

Por etapas sucesivas, los hijos varones íbamos a la panadería “La copa de oro”, muy afamada y próxima a los bellos jardines de San José y El Carmen, a tan temprana hora, para hacer la “cola”, casi de madrugada, que al atravesar por las plazas laterales a la bellísima Catedral, me asustaban los graznidos de las lechuzas que anidaban entre el campanario y que despedían a la noche y recibían a la aurora.

Tampoco tuvimos en la familia carruaje o coche, ni mi papá tuvo caballo para hacer su consulta a las casas de la clientela, ni necesitamos de medio alguno de transporte, pues mi papá salía de casa para ir a sus clases en San Nicolás y al Museo a las 10 del día y regresaba a las 14 horas, a comer siempre en el domicilio. Como acreditado científico, papá ejerció en Morelia el monopolio de la práctica de la vacuna contra la terrible y endémica Viruela, entre las clases alta y media, que no aceptaban el método, popular y gratuito del “brazo a brazo” para evitar el contagio de otros males y la mezcla de sangre de gente inferior.

Mamá Pachita iba diariamente, a tempranas horas de la mañana, al Mercado de San Francisco, a los mismos “puestos” de las “marchantas” que la conocían y la consultaban sobre diversos asuntos con amistosa consideración y confianza. En nuestra cocina recuerdo que siempre estuvieron dos criadas, Juliana y Antonio, a quienes ayudaban su madre Nicolasa, ya muy anciana. A esta “servidumbre” se agregó después una beata, que había estado en un convento de monjas, para atender especialmente a mi abuelita pepita Coria, viuda de Báez.

Las criadas recibían diariamente una “ración”, como pequeña paga adicional para sus alimentos, ya que no tomaban los mismos de la mesa familiar ni la dieta de enfermo de mi papá.

En muchas y frecuentes ocasiones padecimos de la “hambruna” por los trastornos consiguientes a la guerra intestina, y sin ver solución rápida y de claro pronóstico; pero cuando no había leche, siempre tomábamos, en las mañanas y como meriendas de las tardes, el atole de maíz blanco, con el sabroso y dulce piloncillo que compensaba el café con leche habitual. En épocas de normalidad disfrutábamos del magnífico chocolate, hecho en nuestra casa, molido en metate especial con la mezcla de dos diferentes clases de cacao: de Tabasco y de Maracaibo; bien con leche o con agua, así como el “champurrado”, esto es, mezclado con atole de maíz. En tiempos de las aguas, la humedad de las tardes eran aprovechadas para reunirnos los hermanos y hacer “buñuelos” de harina de trigo y comerlos fritos en manteca de cerdo, bien “solos” o “secos”, o en dulce en dos formas: “mojados”, “humildes” o tiesos y rígidos, “orgullosos” según el punto de la caliente salsa de pardo piloncillo de los “trapiches” azucareros.

Durante los años de nuestra niñez, era escasa e interrumpida la luz eléctrica, y así la mayoría de las noches nos servían como alumbrado

las velas, primero hechas con cebo de res y después con parafina o estearina. Si bien ya funcionaban dos empresas de servicio hidroeléctrico, con cierta regularidad se sucedían los “apagones” provocados por las gavillas de rebeldes o de “alzados”, que así reclamaban el pago de un impuesto a las empresas del servicio de electricidad.

Nunca nuestra familia tuvo casa propia, y en varios rumbos de esta bellísima antigua Valladolid de Michoacán estuvieron las casas en que vivimos los hermanos Martínez Báez, todas ellas alquiladas, con el puntual y exacto pago de las rentas convenidas; sin haber sido objeto de juicios de desahucio, ni de discusiones sobre aumentos del precio del arrendamiento. Pero en los años finales de mi residencia en la ciudad natal, durante más de un lustro, por causas de la economía doméstica, y en virtud de la profunda crisis generalizada que afectó a la clase media, particularmente del sector académico y magisterial, nuestra familia se vio obligada a ocupar el local de varios cuartos del entre-suelo del Museo Michoacano y como ayuda para cubrir el presupuesto del gasto familiar, hube yo de fungir como vigilante encargado de dos salones contiguos de la institución, y realicé plenamente la tarea de la limpieza o aseo de la sección, ello hebdomadariamente y sin vergüenza alguna. Siendo alumno de mi papá en las varias materias de las Ciencias Naturales, al año subsiguiente de la aprobación de esas asignaturas, yo tuve el honor y el corto pago respectivo de servir como auxiliar del maestro, en calidad de “preparador”, dibujando en el pizarrón las figuras ilustrativas de la lección correspondiente; esta función me facilitó, además de poder contribuir al gasto familiar, recibir un barniz de “naturalista”, de amante de las ciencias naturales, que gocé de un mayor cariño hacia el sabio auténtico que tuve como padre.

La educación o formación de las conductas de los diez hermanos Martínez Báez, corrió siempre al celoso cuidado o la guía de mamá Pachita, y si bien no recibíamos ningún premio de nuestro buen comportamiento, éramos corregidos con justicia y aún con cierta severidad en algunos conatos de seguir un camino torcido, recibiendo algunos azotes dados con un grueso látigo o “cuarta” de arriero. En cambio, no recuerdo que mi papá haya alguna vez usado su habitual bastón, como arma o instrumento docente, pues le era bastante un guiño de extrañeza.

Todos los hermanos Martínez Báez fuimos bautizados a los pocos días de nacer, y fuimos después confirmados en nuestra religión católica de Roma e hicimos en la adolescencia la Primera Comunión, con la formalidad consiguiente del acostumbrado testimonio fotográfico. Pero cabe decir que abandonamos la práctica de la confesión y la comunión, en cuanto los varones ingresábamos a estudiar al Primitivo y Nacional Colegio de San Nicolás de Hidalgo. En nuestra casa se rezaba con regularidad el “rosario”, con las criadas y bajo la dirección de mamá Pachita. Mi papá nos daba continuamente su bendición como despedida antes de acostarnos y él siempre rezó la oración nocturna que aprendió en su infancia. Pero no asistía a la misa dominical o en los días festivos religiosos, ni practicaba la confesión y la comunión, razón por la que era considerado como “liberal”, “libre pensador” y enemigo del clero católico, y muy criticado por la opinión social o dominante de nuestra comunidad. En cambio, siempre mantuvo magníficas relaciones con sacerdotes y religiosos, unos porque habían sido compañeros de estudio en el Seminario de Morelia o en la Escuela de Medicina del Estado y fue muy estimado por clérigos extranjeros que cultivaban investigaciones científicas o eran docentes y lo distinguieron con grandes honores académicos. Nunca perteneció a las logias masónicas, ni a sociedades secretas, ni se amafió en corporaciones de elogios mutuos.

Nuestras diversas casas tenían una misma planta arquitectónica: dos o tres ventanas daban a la calle y tenían un zaguán, abierto siempre durante el día y que se cerraba al caer la noche; enseguida había una reja de madera muy adornada, cerrada siempre y que daba acceso a un pequeño patio de tres corredores enladrillados, en los que lucían sobre bancos o pendían de los techos con vigas los tiestos y las macetas con plantas de ornato, o de muy variadas flores, según las estaciones: rosales, malvas, begonias, geranios, azaleas, crisantemos, helechos y espárragos, así como orquídeas de gran belleza y los jazmines de Italia y de España aromaban el patio con sus intensos y diferentes perfumes. En el centro lucía un árbol de limones o un naranjo de amargo fruto pero con olores azahares. En una orilla estaba el surtidor para el riego del aprendiz de jardín. En el fondo el aparato de la “destiladora”, con su gran filtro de tosca y porosa cantera, que dejaba pasar el agua para caer en una gran olla de barro, tapada con el platón agujerado, con ritmo musical y penetrante.

En un segundo patio se abrían dos puertas de la cocina para dar ventilación adecuada y ahuyentar los olores y los humos de la leña y del carbón vegetal de las hornillas, cuyo fuego era avivado con toscos abanicos de petate.

En algunas de “nuestras casas” tuvimos hasta un pequeño corral con dos o tres gallinas y su gallo, más un pequeño jardín de arbustos y plantas de hojas aromáticas y medicinales.

Mamá Pachita cuidaba, ella sola, con tal esmero nuestra casa habitación, como si fuera propia, ello con el consiguiente beneficio del dueño arrendante y el amistoso trato para la familia arrendataria.

Nuestro abuelo paterno, el licenciado Ramón Martínez Avilés vivía en Guadalajara, en unión de su segunda esposa, a quien llamábamos con gran cariño “abuelita Nacha”, con sus numerosos hijos, todos casados y sus respectivas familias. Sólo lo trate breve tiempo, pues regresó a Morelia el antiguo organista de la Catedral, jubilado por el Cabildo Eclesiástico de Michoacán, para morir pocos años después y ser sepultado en “Las Rosas”.

El gran cariño al músico, maestro de todos los músicos y cantantes del Arzobispado de Michoacán, que abarcaba también una extensa región de las vecinas entidades federativas, nos otorgó a sus nietos grandes distinciones, como herederos del afamado “Chatito Martínez”.

Ninguno de los Martínez Báez conoció a don Vicente Báez, nuestro abuelo materno, ni nada sabemos de sus antepasados; pero si tuvimos en la casa familiar durante nuestra infancia y adolescencia a la mamá de Pachita Báez y Coria, quien fue una verdadera santa, La abuelita Pepita, anciana ejemplar de inmensa bondad, quien vivía sentadita sobre su cama, siempre tocada con un bonito y sencillo rebozo, prodigando inmenso cariño a todos sus nietos; sin hacerse sentir ni causar la menor molestia a la familia y que nos daba su cotidiana bendición nocturna. Al regresar a mi casa aquí en Morelia, en unas vacaciones de la carrera de abogado seguida en la Capital de la República, encontré vacía la cama de mi Abuelita materna; pero en verdad tuve la sensación de que Pepita Coria había “volado al cielo”, y nunca he dejado de pensar que esa abuelita fue verdaderamente una santa, cuya ancianidad había acumulado un inmenso tesoro de virtudes.

Antonio Martínez Báez